



LAS GROSELLAS

Mi abuelo, un hombre buenísimo, amaba á sus nietos; no los amaba, los adoraba, los idolatraba con locura.

En cambio, como la mayor parte de los nietos, —y digo la mayor parte porque afortunadamente debe haber algunas excepciones, —nosotros éramos muy voluntariosos, sin duda porque él era débil; muy rebeldes, acaso porque él era muy dulce y afable, y muy osados, creo que porque él era muy poco severo.

Sus ideas de resistencia á nuestros caprichos cedían ante las gazmoñerías con que le engañábamos; sus consejos nos entraban por un oído y nos salían por otro; sus regaños y sus amenazas, cuando le llegábamos á exasperar, cedían ante nuestras hipócritas promesas de arrepentimiento.

Con decir que el pobre hombre consagraba las horas de su retiro á cultivar su bonito jardín con el mayor esmero, y que á pesar de los estragos que en el jardín hacíamos, jamás nos prohibió la entrada en aquel sitio, donde

cuidaba amorosísimamente las más bellas flores, podeis comprender á qué rudas pruebas exponíamos su bondadosa tolerancia con nuestro aturdimiento y nuestra incorregible travesura.

Una vez, sin embargo, hicimos tal destrozo en sus más preferidas plantas, que el tolerante y bondadoso jardinero perdió, ó pareció perder la paciencia, y juró que no volveríamos á poner los piés en su jardín, y que iría á quejarse de nuestra conducta á nuestro padre para que nos castigase como merecíamos. Aquel día salimos de su casa aterrados bajo el peso de tan terribles amenazas.

Pero aquellas eran amenazas de abuelo. Vino el día siguiente á casa de nuestro padre, y no sólo no se quejó sino que nos abrazó y nos hizo mil agasajos, como si hubiera querido el bendito de Dios indemnizarnos por el susto que nos había dado, y mostrarnos que estaba arrepentido de su severidad. Y cuando volvimos á su casa,

no necesitamos rogarle mucho para que nos volviese á abrir la puerta del jardin, en el que no nos iba á *dejar entrar jamás*.

—Id, hijos míos, id, nos dijo, procurando aún dulcificar su voz tan dulce y amorosa siempre para nosotros, id y jugad cuanto queráis; pero, por Dios os lo pido, sed juiciosos y no me vayais á estropear mis flores. Ya sabéis que nunca os las niego, si me las pedís; pero no me gusta que las cojais vosotros mismos, porque no sabéis cogerlas; no lo haceis con el cuidado con que lo hago yo. En cuanto á la fruta, os advierto que no hay madura otra que las grosellas que le guardo á vuestra mamá para que haga dulce. No tengo que recomendaros que no toqueis á las peras ni á las manzanas, que aún están verdes, porque sois bastante juiciosos para comprender que si ahora las destruis no tendreis más tarde el placer de regalaros con ellas; pero os advierto, añadió, procurando ponerse sério, que si teneis la desgracia de poner las manos en las grosellas, no os lo perdonaré nunca.

—No, abuelito, no, le digimos los tres hermanos, no pondremos las manos en las grosellas.

Y nos fuimos corriendo al jardin.

Poco despues, el abuelito, que habia querido asegurarse por sí mismo de cómo cumpliamos su precepto, nos encontró alrededor de las grosellas, cogiéndolas muy tranquilamente con la boca, y sin tocarlas con la mano. Las ramas estaban muy bajas, y alargando un poco el cuello cogiamos la fruta perfectamente.

—¡Cómo! exclamó, sorprendido é irritado, ¿qué desvergüenza es esta?...

Y nosotros, en lugar de intimidarnos, seguimos cogiendo entre los dientes las grosellas.

—¿Es así, continuó, como obedecéis lo que yo mando? ¡Oh! lo que es ahora os juro que habeis de acordaros de mí, y ahora mismo voy á decir á vuestro padre con qué insolencia os habeis burlado de vuestro abuelo. Ahora si que vuestro padre os castigará sin compasion.

—¡Pero abuelito, digimos todos, si hemos hecho lo que nos dijo V., si *no hemos puesto las manos* en las grosellas!...

Uno de nosotros habia encontrado este recurso para no obedecer al abuelito, y los demas lo habiamos hallado bueno y legítimo.

—¿Cómo? ¿cómo?... preguntó asombrado el abuelito, que procuraba explicarse el sentido de nuestras palabras, porque no tenía presentes los términos precisos de su recomendacion.

Nosotros se los recordamos riendo.

Nos parecia que su cólera cederia ante aquella singular explicacion, porque muchas veces le habiamos desarmado con algun recurso ingenioso ó alguna salida más ó ménos oportuna, pero graciosa.

Nos habiamos equivocado; en lugar de sonreirse como otras veces, nuestro abuelo se puso mucho más sério, y comprendimos que la amenaza que nos habia dirigido iba á producir todas sus terribles consecuencias.

Apelamos, pues, á otro recurso, á las protestas y á las lágrimas de fingido arrepentimiento, implorando un perdon tantas veces y tan innecesaria y fácilmente obtenido.

—Bien, dijo, despues de haber oido indiferente nuestras súplicas; es ver-

dad, *no habeis puesto las manos* en las grosellas; conozco que teneis razon, y yo os aseguro que no iré á decir nada á vuestro padre.

Era todo lo que deseabamos.

¡Pero cuál fué nuestra sorpresa cuando al entrar un poco tarde en la casa paterna nos oimos condenar á dos dias de *pan seco* y de completa reclusion por haber ofendido gravemente y desobedecido al abuelito!

No tuvimos más remedio que sufrir el castigo que habiamos merecido, pero del cual nos creiamos libres por la promesa de nuestro abuelo.

¡No protestamos, porque hubiera sido inútil, pero no dejamos de murmurar, no contra la severidad de nuestro padre, sino contra la inexplicable conducta del abuelito, que despues de habernos perdonado habia hecho todo lo contrario de lo prometido. No esperábamos nosotros que un hombre tan formal como el abuelito faltase así á su palabra.

Cuando llegó la hora de comer, fuimos confinados á un cuarto de arriba, y en lugar de sentarnos á la mesa abundante y ricamente servida, recibimos cada uno un zoquete de pan seco, y en el cuarto de arriba teniamos un botijo con agua para remojarlo si no nos gustaba *seco*.

Poco tiempo hacía que estábamos en nuestro destierro, cuando vimos abrirse la puerta, por la cual entró nuestro mismísimo abuelo.

—Vamos, nos dijo con una risita burlona, no estareis descontentos de mí, me parece.

—V. nos habia perdonado, me atreví á decir yo, y luego V. ha hecho...

Pero él me interrumpió :

—¿Y de qué os quejais? ¿qué os habia dicho?... Que yo no diria nada á vuestro papá, y os aseguro que no le he dicho una palabra del asunto.

—Pues entónces...

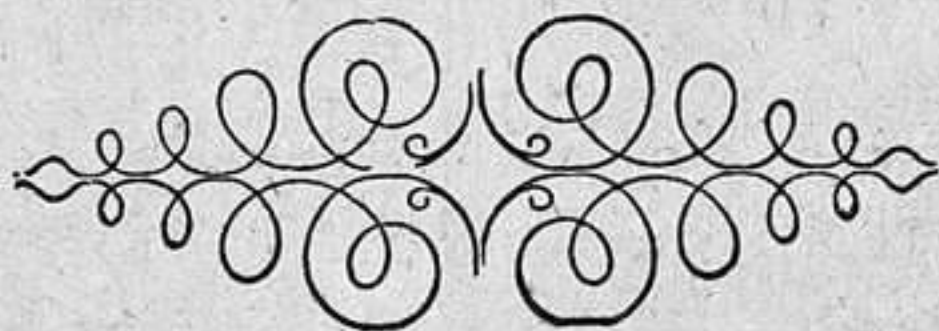
—Entendámonos, yo no le he dicho nada, como os prometí, pero se lo dije á Gertrudis para que se lo dijera. ¿No me habeis enseñado vosotros que puede uno sustraerse á su deber y á sus promesas?... Pues he aprovechado la leccion. Gracias, y hasta otro dia.

Ni vosotros *pusisteis las manos* en las grosellas ni yo se lo he contado á vuestro padre.

Y nos volvió la espalda, como queriendo dejarnos abandonados á nuestras tristes reflexiones; pero tanto le suplicamos y le lloramos, que al fin se enterneció y nos concedió el perdon definitivo, que deseaba él dárnosle más que nosotros recibirle.

—Ya habeis visto, nos dijo con su voz más dulce y amable, cómo se puede estar en su derecho y no tener razon sin embargo. En todo caso, haced vuestro juez á la conciencia y ella no os engañará, y os dirá que lo bueno y lo honrado es lo justo.

EUGENIO MULLER.



LAS BUENAS MADRES



La mamá está vistiendo al niño.

No es ella de las que dejan ese cuidado á las doncellas; sería para la buena madre un cargo de conciencia.

En esta agradable tarea encuentra mucho más placer que en engalanarse ella misma.

Lava al niño, le pone las medias y los zapatitos, le viste, en fin, con gracia y elegancia.

Y mientras dura la operacion, ¡qué de caricias le hace! ¡cómo juega con él! ¡cómo se le come á besos!

Y el niño la recompensa diciéndole con encantadora expresion:

—¡Mamá mia! ¡cuánto te quiero!...

EL CARBONO

Existe una sustancia que por lo común no habrá probablemente llamado vuestra atención, y que, á pesar de esto, á pesar de que todos los días la estais viendo en las cocinas de vuestras casas, ejerce una influencia poderosísima en la vida del hombre.

Esta sustancia es el carbon.

¿El carbon? direis; sí, niños míos: el carbon, tan negro, tan feo, que tanto ennegrece vuestras manos cuando lo cogéis, el carbon ejerce un gran papel en la naturaleza.

Nunca, tal vez, se os habrá ocurrido esto; nunca habreis pensado, á lo que supongo, que esa materia tan negra, que sirve como combustible para fabricar los ricos dulces de que tanto gustais, sea producida por una maquinita que teneis en vuestro cuerpo.

¡Os veo admirados, queridos niños; comprendo que pasais de admiracion en admiracion al ver que pretendo hacer nada ménos que hornos de carbon; vosotros tan bellos, tan blancos, tan rubios; vosotros que formais el encanto de vuestra madre, la alegría de vuestra casa; vosotros convertidos en carboneros como el gallego que ennegrecido vende dicho combustible en el portal de al lado!

Sí, carboneros sois, como carboneros somos todos, con la diferencia de que nuestro carbon no ensucia, no es visible ni áun para nosotros que lo producimos.

¡Quién lo dijera! ¡Carboneros, nosotros que en tanto nos tenemos!

Lo somos seguramente, por más que la ciencia, como si hubiese querido pre-

sentar el caso de un modo más bello, dé á nuestro producto el nombre de *carbono*.

Somos, pues, un hornillo, una estufa donde el fuego no se apaga jamás; y pobres de vosotros el día en que deje de arder, puesto que ese día será el último de vuestra existencia.

¡Cómo os reireis al ver que no solamente os quiero hacer carboneros, sino que tambien estufas!

¡Es decir, exclamareis, que somos una chimenea ambulante!

Sí, niños queridos, somos una chimenea en que el fuego empezó á arder el primer día de nuestra existencia y se apagará el último de nuestra vida.

Seguramente habreis sentido la frialdad característica del mármol cuando sobre una columna hayais puesto vuestras manecitas. ¡Qué frío, habreis exclamado, qué frío es el mármol!

Pero nunca os habreis, tal vez, acordado de que vuestro cuerpo está muy caliente, de que sentís esa misma frialdad de la piedra porque poseeis un calor mucho mayor. ¿No es verdad que esto es así?

Sí, lectores, sí será desde luego lo que os digo.

Pero veamos si existe el calor en nuestro cuerpo, ¿qué es lo que lo produce?

¿Qué? Lo produce un fuego continuo que arde en nosotros; es decir que tenemos calor porque hay en nosotros una combustion continua.

Os veo asustados; pero no temais que el fuego de nuestro cuerpo no ne-

cesita apagarse, ni podría aumentar tanto que tuvieseis necesidad de que lo apagasen. Es decir, que no necesitamos para nuestro incendio ni de compañías de seguros ni de bomberos.

¡Qué fuego tan extraordinario!

¡Qué cosa tan maravillosa, arder y no quemarse!

Hé aquí uno de tantos misterios, una de tantas maravillas como hay por doquier en la naturaleza.

En nosotros se verifica, pues, una combustion, y creo llegado el momento de explicároslo.

Como condicion necesaria de nuestra vida, tenemos en nosotros la circulacion de la sangre, y esta sangre se mueve sin cesar, produciendo el calor de nuestro cuerpo, gracias á la aspiracion que hacemos de una sustancia que existe en el aire, constituyendo parte de él, y se llama oxígeno, y á la produccion de una gran cantidad de carbono.

Nosotros respiramos, y al ejercer esta funcion absorbemos el aire; no creais que todo lo absorbido queda en nuestro cuerpo; no, puesto que despedimos sólo carbono, quedándose, por lo tanto, en nosotros el oxígeno solamente.

Ya veis por esto cómo el carbono no lo queremos, sino que lo despedimos por la respiracion.

Nuestro carbono no ensucia, ni es negro, ni lo vemos siquiera; hé aquí, pues, cómo somos carboneros sin que siquiera lo echemos de ver; hé aquí cómo se verifica esa gran funcion de la vida.

Pero puesto que nosotros consumimos mucho oxígeno de aire y quemamos mucho carbono, ¿de dónde sale el uno? ¿á dónde va á parar el otro?

Comprendo esta pregunta y voy á satisfacer esta curiosidad.

¿Habeis salido al campo alguna hermosa tarde de primavera?

¿Habeis visto cómo allí se respira un aire puro que parece que nos dá más vida, que parece ensanchar nuestro corazon?

¿Por qué vosotros no podeis ir al campo sin correr, sin saltar, sin alegraros, en fin?

Todas estas preguntas tienen una misma respuesta; todas ellas están contestadas diciéndoos que en el campo hay un gran laboratorio de oxígeno: las plantas.

Las plantas sí que expiden oxígeno y absorben el carbono, y de este modo se constituye entre la vida animal y la vegetal el gran equilibrio de la naturaleza.

El árbol, la planta, la humilde yerbecilla que nace entre las piedras contribuyen á sostener ese equilibrio. Vemos, pues, en las plantas el receptáculo del carbono; y de aquí la explicacion que el que conoceis más comunmente se saque de la madera. Consiste esto en que el árbol es casi un compuesto de carbono.

No creais que sólo el árbol, que sólo la planta poseen esta sustancia, no; pero sí podeis creer que el árbol y la planta lo contienen en mayor cantidad.

Poned una cosa cualquiera al fuego; vedla cuál se ennegrece.

—Se ha quemado, direis, se ha carbonizado.

Pero ¿por qué ha sufrido esta alteracion?

Porque las demas sustancias que la componian han desaparecido y sólo ha quedado el carbono claramente manifestado.

El carbon existe en muchos cuerpos, y fácil es conocerlo poniéndolos al fuego. Poned un medio bollo para que luego vuestra mamá le ponga la rica manteca, de que tanto gustais; ved cómo empieza á ennegrecerse hasta el punto de que, si lo olvidais, se carbonizará completamente; es el carbono que el bollo contenia, y que ahora aparece manifiesto.

Poned un metal cualquiera, dos cuartos, por ejemplo, ¡ah! que con la moneda no pasa lo que con el pan; la pieza de dos cuartos posee muy poco carbono.

Ya veis, pues, mis queridos niños, ya veis cómo el carbon, que hasta ahora os habia sido indiferente, tiene una importancia inmensa; ya veis cómo es verdad que no podemos despreciar las cosas porque nos parezcan feas. ¡Quién sabe lo que oculto se encuentra, quién sabe los misterios que encierra el sér más insignificante!

El carbono existe, por lo que veis, en mucha abundancia, y puesto que os hablo de esto, debo deciros que, aunque al parecer no lo necesitamos, es tambien necesario para nuestra vida.

Si el aire no contuviese más que oxígeno, si el carbono desapareciese y con él el equilibrio á que contribuye, nuestra vida adquiriria tal energía que la locura y la muerte serian sus consecuencias.

Contentaos, pues, con ser una estufa que arde sin cesar; y puesto que tal es nuestro cuerpo, y puesto que la combustion tiene lugar continuamente en nosotros, no querais permanecer en sitios faltos de ventilacion; no querais sufrir las consecuencias de que falte el combustible á vuestro fuego; de que carbonizado el aire, si estuviessis encerrados, podais sufrir las consecuencias que esto os acarrearía; amad el aire, procurad respirar allí donde el aire tenga ménos carbono, y vereis cuál os poneis de alegres, cuán sonrosadas aparecen vuestras caritas.

Procurad que no se apague el fuego de vuestro hornillo; que no por ser carboneros dejareis de ser tan bellos, puesto que lo sois desde que nacisteis y aún no lo habeis notado.

Seguid ufanos con vuestro carbon; carbon precioso que ni ensucia nuestras manos ni ennegrece nuestra faz; carbon precioso que, aunque no lo notemos, contribuye á sostener el equilibrio vital, á formar esas lindas plantas que dan esas bellas flores que tanto encantan vuestros ojos.

¡Y qué hacemos con nuestra estufa? direis.

Dejadla arder, que no es á vosotros á quienes toca cuidar de ella.

Puerto de Santa María. 1871.

EDUARDO TUILLIER.

EL TOQUE DE ÁNIMAS

Todo entre tinieblas yace,
y poco á poco la calma
vuelve á reinar en la tierra,
ya al descanso preparada.

Solicita, como siempre,
sus ecos al aire lanza
en medio de aquel silencio
la vigilante campana.

No alegre como otras veces
al pueblo cristiano habla,
que son sus ecos sentidos
y con doble aliento clama.
Es que nos pide oraciones
para las benditas almas,
que, aunque partieron del mundo
con su Dios reconciliadas,
en el Purgatorio expian
en castigo de sus faltas,
y sufrirán, hasta tanto
que lleguen purificadas
á gozar la gloria eterna,
libres ya de toda mancha.

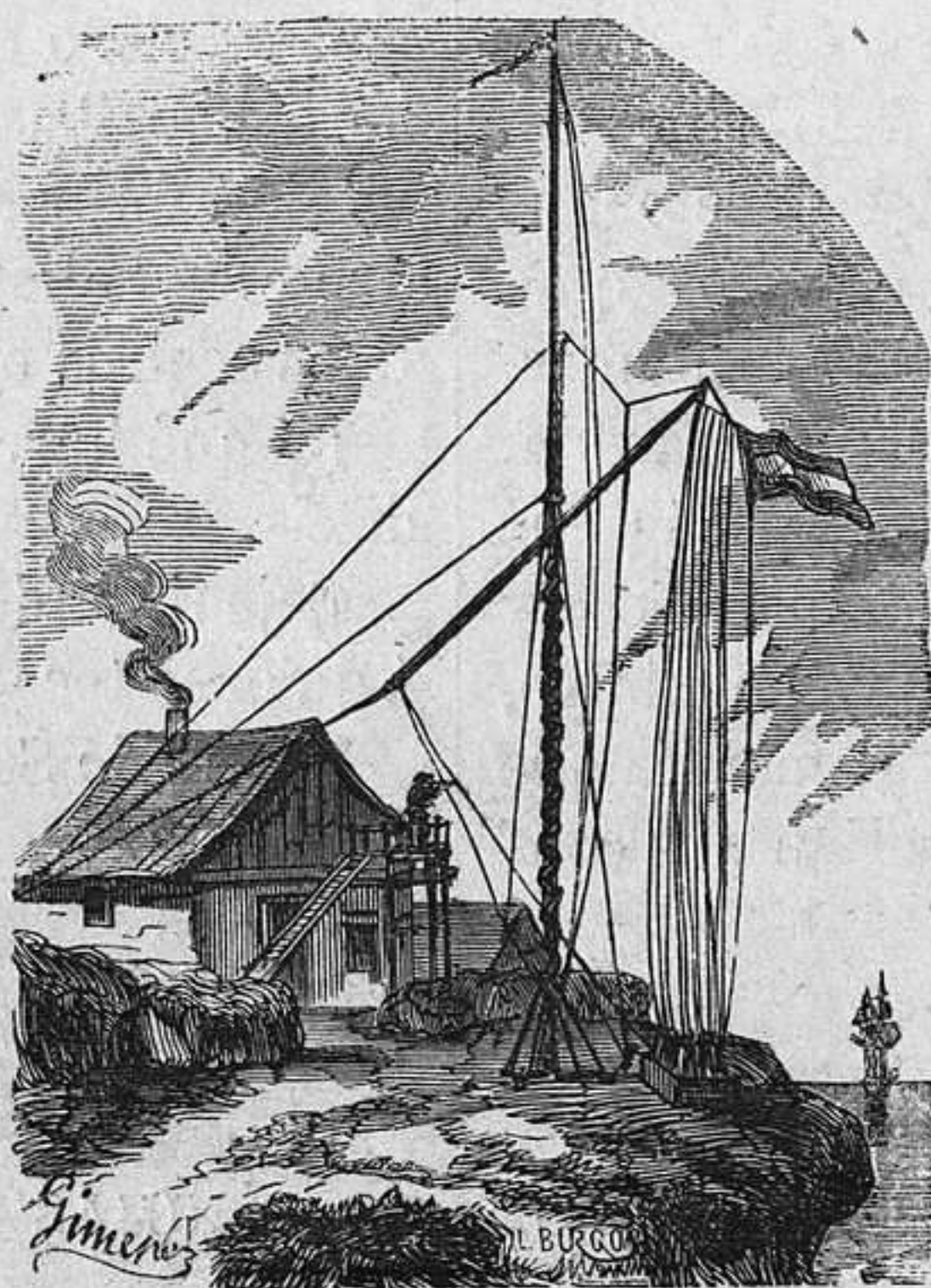
Ved qué mision tan sublime
tiene, niños, la campana:
antes que al sueño se entregue
la humanidad fatigada,
—«Reza—le dice al cristiano—
por los que del mundo faltan,
y piensa que, como ellos,
tal vez faltarás mañana.»

Y el cristiano reza y ora
por esas benditas almas,
que en medio de sus tormentos

esperan nuestras plegarias.
Cuando los pausados sonos
escucheis de esa campana,
pedid con fervor al cielo
que á la celestial morada
lleve á las almas que esperan
entre tormentos y lágrimas
las oraciones y ruegos
de los que por ellas claman.

¡Oh vigilante sublime,
consoladora campana,
despertador misterioso
puesto por la Iglesia santa,
que tanto el deber recuerdas
y de avisar no te cansas!
justo será que á tus ecos
respondan nuestras plegarias,
rogando al Dios de justicia
por esas benditas almas,
para que al verse gloriosas
en la celestial morada,
pidan tambien por las nuestras
cuando de este mundo salgan.

A. CASTILLA.





EL NIÑO QUE IBA Á LA ESCUELA

CUENTO

(IMITACION DE MADAME DESBORDES VALMORE)

Cierto dia dijeron sus padres á un precioso niño: «Véte á la escuela,» y el niño, que trataba de obedecer, emprendió su caminito; pero se le hacía tan pesado el libro que apenas podía andar.

Ve en esto volar una abeja, y le dice con timidez:

—Abejita, espérate y dime algo. Mira, yo voy á la escuela porque es menester que aprenda á leer, pero el señor maestro es tan sério que no nos deja reirnos. Abejita, ¿quieres enseñarme á volar?

—No puedo, responde la abeja; estoy muy atareada. Yo tenía mucho frio, porque el cierzo nos ha azotado largo tiempo; pero como están naciendo las flores voy cobrando fuerzas y ya comienzo á hacer mi provision de miel. ¿Ves? Ya la he sacado de cuatro rosas, y

antes de una hora tendré abiertas otras muchas. ¡Adios! me voy á mi panal, pues hoy no puedo holgar: los dias hermosos se han hecho para fabricar miel.

Y zumbando, zumbando, zumbando, desaparece por entre las flores.

¡Qué hermoso estaba aquel sitio! Por entre las grietas de un quebrantado muro asomaba la madre selva, saludando á la aurora. La aurora, llena de vanidad, aparecia sin una nube, burlándose del invierno.

Casi rozando las mejillas del pequeño que juguetea con desaliento, pasa una golondrina, y meciéndose un rato en los aires redobla sus gorjeos, de modo que hace gorjear tambien el eco de un bosque vecino.

—¡Hola! Buenos dias; dícele el niño

que se acordaba de ella. Yo te conozco, golondrinita, porque te ví en el último otoño. Tú alegrabas mi casa, y yo me alegro ahora de verte. ¿Quieres que juguemos un poco?

—De buena gana, responde la viajera, porque este airecillo templado me pone loca de contento. Pero no puedo, tengo muchos amigos que anhelan la primavera, y si tardo en volver á verles, me van á llorar por muerta. Para sacarles de su incertidumbre, llevo estas ramitas en el pico, como señal de esperanza. Además, como tenemos que reedificar en los techos nuestros palacios arruinados, voy á llamar por ahí abajo á mis laboriosas hermanas. La vida pasa tan ligera como nosotras volamos, y hay que aprovecharla. ¡Conque adios, y hasta otro dia.

Y añadiendo un graciosísimo «pí, pí, pí, pío» se va, sin saberse adónde.

Enmudece el niño, y con la cabeza baja se pone á contar sus pasos para ver si se distrae; cuando su libro, que le pesaba más cada vez, se le escapa de la manecita fatigada y viene al suelo con estrépito.

Entre tanto un mastin muy formal estaba observándole sin pestañear desde la puerta de su casa. Era Leal, guardian severo y prudente, que por no asustar al niño contenía su ladrido. ¿Quién puede hacer mal á un niño que llora?

—Buen mastin, exclama éste sollozando: ¿me dejas acercarme á ti? Mira, este libro me fastidia. Yo quisiera jugar siempre y no ir nunca á la escuela, porque en el juego nunca se cansa uno, y delante del maestro siempre estoy temblando. Todos los dias me cuesta llorar el ir á la escuela; yo no quiero hacer nada. Mira, me gusta la

vida de los perros, porque no tienen que trabajar.

—A ti te parece, contesta el perro gruñendo. ¿Ves aquel labrador? Aquel es mi amo: siempre está vigilante, pero yo, como soy Leal, lo estoy más, porque mientras él descansa yo ahuyento á los ladrones. Además, despierto á aquellos bueyes, que, aunque despacio, van abriendo los surcos: y de dia guardo la casa, juego con otros niños más pequeños que tú, y aún á veces acompaño á mi dueño en sus viajes á la aldea. Déjate de tonterias, sin trabajar no se hace nada bueno. Todos trabajan para ti: las ovejas mis amigas dan la lana, y tu madre te hila cantando los vestidos que llevas. Anda, tonto, vete á la escuela. Los perros no tenemos que aprender á leer, pero tenemos que llevar una cadena, porque la esclavitud se ha hecho para los ignorantes. El hombre lo entiende no dejándonos estudiar. Vaya si tengo razon: tú te harás un hombre y serás feliz, porque siendo los perros tus esclavos, obedecerán siempre lo que mandes.

Oyóle el niño con atencion, y aún le dió un beso despues. ¡Qué cosa tan rara! Cogió su libro del suelo y le pesaba la mitad.

En esto se vió á lo léjos una raposa, y diciendo á gritos «¡guau! ¡guau!» apretó á correr *Leal* en su persecucion.

El chico, por imitarle, echó á correr tambien, pero fué hácia la escuela. Pensando en el gusto de ser hombre, se le hizo más corto el camino. Llegó tarde, pero el maestro hizo la vista gorda.—¿Qué sucedió despues?

Que en el otoño inmediato, que es la estacion de los frutos, sabía leer de corrido.

ANTONIO ARNAO.

LA GUERRA INFANTIL

CONTADA POR UN VETERANO

(CONTINUACION)

Viendo Jorge que el enemigo no desalojaba los alrededores del puente, y que ántes al contrario parecia tratar de establecer su campo á la orilla del arroyo, pensó que lo hacía para intentar un golpe de mano contra él, y en esta prevision quiso rodearse de algunas fortificaciones *pasajeras ó de campaña* que le pusieran al abrigo de una sorpresa; pero no teniendo el tiempo necesario para hacer *reductos* ni cavar *fosos*, no disponiendo de elementos para establecer *caballos de frisa* ni *empalizadas*, se contentó con mandar á sus soldados que hicieran unas cuantas *faginas* con ramas secas y cardos, cuyas espinas las hacian de difícil acceso. Con una parte de estas faginas cerró la entrada del puente y con la otra formó un gran cuadro, en el cual estableció su *vivac*. Tambien hizo sembrar el camino de piedras puntiagudas para dificultar la marcha de la caballería. Verdad es que el enemigo no tenía caballería, pero podia haberla tenido, y un general prudente debe prevenirlo todo. Para colmo de precauciones, hizo poner en cada lado del cuadro en que debia formarse el futuro *vivac*, tres palos de puntas agudas, unidos entre sí por cuerdas entrelazadas, dejando solamente cuatro huecos que podian abrirse y cerrarse en caso de necesidad.

Como Jorge habia aprendido en el colegio historia romana, sabía que los antiguos daban diferentes nombres á

las puertas de sus campamentos, y llamó á las suyas: á la primera, *puerta del General*, á la segunda, *puerta Enriqueta*, á la tercera, *puerta Carlina*, y á la cuarta, *puerta Robertina*, de los nombres de los valientes capitanes que tenía á sus órdenes; luego estableció su *vivac*.

EL VIVAC.

Es una cosa muy interesante la vista de un verdadero *vivac* con sus centenares de *tiendas* bien alineadas, sus *calles*, sus *plazas*, sus *hornos* de tierra, sus *cocinas* al aire libre. Tiene que ver cómo cada cosa está en su sitio y cómo cada cual atiende á sus armas y efectos, cómo todo está arreglado y revistado. Es curioso observar la vigilancia de los *centinelas*, la atencion con que hacen su servicio las *grandes guardias*, el celo y la regularidad con que se hacen las *rondas* y *contrarondas* en los *puestos avanzados*, con qué misterio se dá y se recibe la *consigna* y se comprende como el olvido de ella puede producir la pérdida del *vivac*. Es preciso ver la prudencia y la escrupulosa severidad con que se reciben los *reconocimientos* cuando regresan al campo; cómo cada uno cumple su deber concienzudamente, sobre todo cuando el *vivac* se halla establecido cerca del enemigo; cómo el comandante lo vigila todo; cómo los oficiales de las diversas graduaciones hacen

ejecutar las órdenes que han recibido, y que trasmiten sin pérdida de tiempo á los *sargentos*, para que de éstos pasen á los *cabos* y lleguen hasta los *soldados*. Porque en el ejército todo se arregla maravillosamente; cada individuo forma parte de una gran cadena de la que es uno de los eslabones. Esta cadena comienza en el *Capitan general* y acaba en el *simple soldado*. Cuando los eslabones son buenos, todo va bien; cuando uno de los eslabones es malo, es fácil que se rompa la cadena. Ya veis qué importante es vigilar esos *eslabones* y asegurarse de su calidad.

Pero volvamos al vivac.

¡Cuánto os divertiríais, mis queridos lectores, si desde un sitio un poco elevado pudiérais ver un vivac un poco ántes de amanecer y asistir á la *diana*! Apenas despunta el alba, se oye un toque de corneta. Es la señal de la *diana*, que parte de la tienda del *general en jefe*. Pronto se repite ese toque en todas partes. Trompetas, clarines y tambores se contestan unos á otros; las fanfarrias se cruzan en el aire. Cada instrumento dice en su lengua particular: «¡Levántate, soldado! ¡Levántate, soldado!» De un lado á otro parece que se oye: «¡Arriba, arriba!» Muchas veces la fatiga de la víspera ha sido grande, y todos dormirían aún con gusto una ó dos horas; pero suena la *diana* y es preciso obedecer. Todos salen de su tienda, donde se han acostado vestidos, como está mandado, y sacudiéndose las orejas, miran qué tiempo hace. No llueve. ¡Qué fortuna! El día promete estar hermoso. —Vamos, no moriremos de esta, piensan todos. Se desespera uno; se revistan las armas, se relevan los puestos, se cambian los centinelas, se dá de comer á

los caballos, y se toma el *café*, á que ántes no estaban acostumbrados los soldados españoles, pero que en la campaña de África comenzó á darse con grandes ventajas para la salud del ejército. No hay que decir que este café no es de primera calidad ni está muy azucarado; pero así y todo gusta y evita muchas enfermedades. Después del café, los soldados que tienen algunos cuartos van á hacer una visita á la cantinera, toman el aguardiente, y ya están dispuestos para emprender las operaciones del día.

No espereis que os diga que el vivac de Jorge era exactamente igual á los que acabo de describir; pero en pequeño no carecía de nada y no era digno de desden. En todo caso, sus dimensiones estaban perfectamente en relacion con el número de tropas que debia albergar, lo cual era ya la aplicacion de un principio fundamental, y hacia honor á los conocimientos de Jorge en *castrametacion*, que es la ciencia de establecer los campamentos y vivaques.

Jorge en su vivac no tenía *horno* ni *cantina*, pero le quedaban algunos caramelos y almendras, y un puñado de pastillas de limon y de fresa, que felizmente el calor de los combates no habia acabado de fundir en sus bolsillos. Jorge estuvo magnífico: vació sus bolsillos y distribuyó todo lo que tenía entre sus soldados, acompañando la entrega de los víveres con frases lisonjeras relativas á lo que cada uno habia hecho en el combate. El se quedó sólo con cuatro almendras, porque, por sóbrio que sea un general, necesita comer para vivir, y dos pastillas de fresa que dió como extraordinario á Carlitos en recompensa del talento y

el valor de que habia dado tan brillantes pruebas en la jornada.

Cuando todo se hubo comido, cosa que se hizo con extraordinaria rapidez, Jorge designó el sitio que cada uno

debía ocupar en el vivac; por una atención delicada que le conquistó generales simpatías, dispuso que cada uno se colocara en la puerta que llevaba su nombre. Muchas veces sucede que por



medio de esas pequeñeces se captan los jefes el cariño de sus subalternos, mejor que con grandes recompensas.

En un monton de tierra se puso la percha donde estaba la gorra conquistada por Carlos á Francisco, indicando el cuartel general de Jorge.

XI.

LA CENTINELA PERDIDA.

Francisco no podia consolarse de la pérdida de su gorra: en su cabeza bullian terribles proyectos. El hierro y el fuego no le parecian agentes demasiado poderosos para aniquilar á los

que le habian quitado su tesoro: hubiera querido tener á su disposicion los cuatro elementos. La ventaja hasta entonces era del enemigo; esto no podia dudarse. Francisco, sin embargo, no estaba abatido, y decia: «Que mis tropas permanezcan fieles, que no se introduzca el desorden en este valiente ejército á consecuencia de las privaciones que vá á experimentar, que se mantenga unido y compacto, y el corazon me dice que mi *estrella* (Francisco creia tener una estrella propia, lo cual no podia molestar al dueño del firmamento); sí, el corazon me dice que mi estrella me depara un gran desquite.»

(Se continuará.)

LA VISITA



Balbina, que es una niña muy bien educada y muy impuesta en todas las reglas de la etiqueta, viene con su hijita en brazos, la señorita doña Afligida, á hacer una visita al señor Pirracas, un caballero muy fino, que de muy buena gana se levantaria de su asiento para recibir la visita si no fuera por la dificultad de saber dónde ha de poner los piés, y el peligro de caerse.

LA PEREZA

Leandro era un buen chico, muy guapo, muy obediente, muy listo y todo lo que se quiera, pero tenía el defecto de ser extremadamente perezoso.

—Si continuas dominado por la indolencia, le dijo un dia su padre cansado y afligido de ver á su hijo sin hacer nada, de bien poco servirás en el mundo.

—Pero, papá, contestó el niño, ¿cree usted que los libros me darán talento si yo no lo tengo naturalmente?

—No, hijo mio, pero tú tienes inteli-

gencia, porque á todos, más ó menos, nos la concede Dios: si con el estudio alimentas y fortaleces la que has recibido del Omnipotente, podrás aplicarla á muchas cosas útiles; pero si por el contrario, no la cultivas, de nada absolutamente te podrá servir.

Por la tarde, volviendo del paseo, Leandro y su padre pasaron por delante de la fragua de un herrero.

—Espera un momento, dijo el amoroso padre, y observa bien lo que hace ese honrado menestral.

—Papá, está soplando el fuego de su fragua.

—¿Y con qué objeto lo hace?

—Porque sin duda quiere obtener el fuego necesario para enrojecer el hierro.

—Pues bien, hijo mio, la inteligen-

cia es como el fuego; necesita que la exciten continuamente y no se la abandone para que pueda adquirir toda la fuerza de que es susceptible, y el estudio hace en ella el mismo efecto que produce el fuelle de la fragua en el fuego.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

La prudencia es una virtud modesta que puede compararse a la violeta, que se revela solo por el aroma con que embalsama el bosque.

No hay peor enemigo que el ingrato: el que venga agravios suele rendirse a la comparación o al consorcio, el que venga beneficios es implacable.

El verdadero orden social y político es el conjunto compensado y armónico de todas las libertades.

El crédito, como el amor y la gratitud se inspira, no se decreta ni se impone.

El hombre que mejor expresa su amor es el que menos le siente.

En nada es más frecuente e involuntario el plagio que en las colecciones de máximas, porque fácilmente se toma por inspiración propia lo q. es una reminiscencia

Mmanuel Gilvelo

~~Manuel Gilvelo~~

El autor de la anterior página autógrafa pertenece á una familia ilustre en las letras españolas: D. Manuel Silvela lleva dignamente su nombre. Es distinguidísimo jurisconsulto, y como tal goza grande y merecida fama, y tiene excelentes condiciones de orador, probadas en el foro y en las Córtes.

Ha escrito algunos estudios de cos-

tumbres amenísimos, y en política ha llegado con notable fortuna á los primeros puestos. Ya ha sido ministro de Estado y hoy es senador del reino.

Es académico de número de la Española, y hace pocos dias tomó posesion de este honorífico cargo, leyendo en tan solemne circunstancia un brillante discurso, que ha merecido unánime elogio.

EL PAJARITO MURIÓ.



¡Qué horrible situacion la de estos niños! ¡Tenian un pajarito, y ha muerto! ¡Para ellos no hay consuelo en el mundo, y no hay quien los aleje de la jaula mortuoria, donde ántes saltaba tan contento el pajarito!

¡Considerad, niños mios, cuán grande será el dolor de un padre cuando muere su hijo!...